Gran rato silencioso,
cejijunto, sombrío,
YACÁNEX permanece. ¡Leve el viento
modula entre las peñas un suspiro!

Suspiro ronco, interminable, lúgubre,
al que se une el crujido
de los verdes bejucos, que al quemarse
crepitan en la hoguera, retorcidos.

La llama al oscilar pinta los cuerpos
con matices rojizos,
para dejarlos luego, al inclinarse
del otro lado, en la tiniebla hundidos.

Yergue al cabo YACÁNEX la cabeza,
abre las fauces lívido,
y del negro agujero de su boca
zumbando sale su guerrero grito!

VII

—"¡Venganza, chichimecas! los Señores
de las bajas ciudades
á nuestro rostro escupen con desprecio,
y nos retan sin tregua sus ultrajes.

"¡Basta! que pronto el caracol marino
atruene ronco el aire,
y que vayan silbando nuestras flechas
veloces en sus pechos á clavarse.

"Yo os llevaré á la lid; veréis sus dardos
chocar con mi pellejo y embotarse;
¡que nunca hirieron las contrarias armas
el cuerpo de YACÁNEX!

"¡Venganza, chichimecas! invoquemos
al dios de nuestros lares;
Él hará más flexibles nuestros arcos
y más dura la piel de los *chimállis*.[1]

"Poned sobre el altar nervios y arpones,
y amarillos y negros pedernales,
y las tostadas varas y las plumas
que han de formar los dardos de combate.

"¡Y á la pelea! que la triste virgen,
la que enfría los huesos implacable,
destroce al enemigo, cual destroza,
viento airado, en las noches, los maizales!"

1 Chimalli: *escudo*.

VIII

¡Qué triste está el caudillo chichimeca:
¡Qué triste el eco que el silencio rompe!
¡Cómo del negro cielo triste Metztli,
por la combada superficie corre!

¿Qué se hicieron los días
de encantos y de amores?
¿Qué fueron de los sueños que en sus mantos
azules, cobijaron otras noches?

Todo cayó en la sima
de un espantoso abismo; desprendióse
el rayo de los cielos y huyó el ave,
y rodó destrozado el yolozóchitl!

¡Venganza!.... Cuando alegre
el nuevo sol despunte tras los montes,
es preciso que en sangre se refleje
y rojos ríos con su polvo dore.

Es preciso que en brazos
del salvaje YACÁNEX, blanco flote
como la bruma, entre los negros pinos,
el cándido *huipílli*[1] de Atotótzin.

. . . . . .

¡Qué triste está el caudillo chichimeca!
¡Cómo vaga sin rumbo por el bosque,
mientras del negro cielo, lenta Métztli,
por la combada superficie corre!

IX

Atotótzin, en tanto,
llena de malestar, confusa y triste,
del señorial alcázar de Achitómetl
vaga por los jardines.

Bien conoce á YACÁNEX, y bien sabe
que no ignora su padre, que terrible
será el furor del indomable bárbaro
que la ama y la persigue.

Mudo, medroso, un niño á quien apenas
con sus brisas besaron quince Abriles,
perdido entre las sombras,
los tardos pasos de Atotótzin sigue.

Lo delata el crujir de la hoja seca;
vuelve ella el rostro en que el dolor imprime
su huella, como imprimen en los lagos
nubes de tempestad, negros matices.

1 Huipilli: *camisa larga y sin mangas*.

—¿Qué buscas? le pregunta, y él confuso,
—Sé que sufres, le dice,
y para ver qué causa tu tormento
y ver si puedo consolarte, vine.

—No lo conseguirás.
—¿Por qué?
—¿Me quieres?
—¿No te acuerdas de mí? soy al que diste
cuando huérfano y solo se encontraba,
en tu palacio, abrigo. ¡Manda! Exige

mi vida si mi vida te hace falta.
—No; aproxímate; escucha y facilite
tu gratitud, á mi dolor alivio
y á mi espíritu paz. Vé donde vive

YACÁNEX, el señor de la montaña,
el bravo jefe de las tribus libres;
el único que pudo, al dominarme,
dominar el orgullo de mi estirpe.

Y díle que lo adoro, que su grito
formidable escuché; que sé que pide
una ocasión á la mudable suerte
para que en sangre su macana entinte.

Refiérele mi pena, mi agonía,
cuéntale que el dolor tenaz me oprime,
porque presiento que á morir va en breve;....
¡Eso á toda hora el corazón me dice!

¡Júrale que le juro, que á ser de otro
antes pereceré!.... ¡párte! ¡Que pinte
tu cariño mi angustia!.... ¡Díle mucho!
¡Lo que comprendes, sin oírlo.... díle!

. . . . . .

. . . . . .

X

Y volvió el indizuelo.
Veloz como los gamos,
recorrió las praderas y los bosques,
baja la frente y sostenido el paso.

Llegó junto á Atotótzin; se detuvo;
hasta el suelo bajó rígido el brazo,
y así le dijo con acento dulce
que suspiró al pasar entre sus labios.

—"Vi á YACÁNEX, Señora; mas he visto
á YACÁNEX en vano;
oyó mi relación severo y grave
y así me habló después, torvo y airado.

—No moriré; mas si en la lid perezco
Nada importa! Luchando
muere el océlotl en la selva espesa
por defender su gruta. Van mis dardos
á defender mi amor. ¡Piensa si puedo
dejar la cuerda reposar en mi arco!
Y esto al decirme, del carcax, Señora,
sacó una flecha, y rápido
apuntando á la altura, hirió en su vuelo
á una ave que vagaba en el espacio.

Y señalando á Tonatiúh [1] que alegre
se alzaba ya sobre los montes altos:
—Vete—agregó—y avisa á tus Señores
que voy tras de tus pasos!

—¿Y no te dijo más?
—Nada; tan sólo
vi resbalar sobre su rostro pálido
una lágrima enorme, que violento
enjugó con el dorso de la mano.

. . . . . .

XI

La aurora con sus dedos
húmedos y rosados,
va cogiendo los últimos crespones
que en los hondos barrancos,
las siniestras deidades de la sombra
al escapar ante la luz, dejaron.

Al viento da su grito
melancólico y claro,
el caracol sonoro; y en los montes
y en el tranquilo llano
y en la verde cañada, repercute
la bronca nota del guerrero canto

Uno por uno dejan
silenciosos y armados,
los indios su guarida, y con los rostros
siniestros y tatuados,
agitando en la diestra el arco combo,
se acercan á su jefe.—Ya el penacho

de plumaje sombrío
al águila arrancado,
en la guirnalda de saúz ondea
al matinal halago,
sobre la adusta frente de YACÁNEX
que altivo cruza los nervudos brazos,

1 Tonatiuh: *el sol.*

También rojos, azules,
verdes y negros rasgos,
surcan la torva faz del chichimeca,
como en cielo nublado
se ven surcar, en tempestuosa tarde,
lívidos los colores del relámpago.

Vuelve en torno los ojos,
y sin abrir los labios,
señalando iracundo el horizonte
entre brumas velado,
apresta la macana, el dardo agita,
y al frente marcha de sus indios bravos

XII

Bajaron de los cerros,
como torrentes desbordados bajan,
las chichimecas hordas
en busca de venganza.

No era el amor burlado
no más el que las guiaba,
era el último esfuerzo, el rudo empuje
de moribundas tradiciones bárbaras.

Era que los soberbios vencedores
bajo su fuerte planta,
sentían sacudirse poderosas
tierras por ellos antes conquistadas.

Y las viejas costumbres
y el salvajismo primordial, luchaban
por vencer á la gente que traía
al árbol carcomido nueva savia.

. . . . . .

Faz á faz se encontraron;
su luz reflejó el sol en las macanas,
y en alto los chimallis defendieron
las frentes embijadas.

La horrible gritería
voló del viento en las robustas alas,
y retumbó en las cuevas de los tigres,
y despertó en sus nidos á las águilas.

Todo fué horror y espanto;
las muecas en las caras
eran más expresión de la agonía
que gesto de amenaza.

Allí estaba YACÁNEX el primero,
eran para él las flechas que arrojaban
las enemigas huestes, digno solio
para el trono de muertos que escalaba.

¡Qué lucha tan terrible!
Sin tregua batallaban
por el pasado y el futuro á un tiempo,
raza vencida y vencedora raza.

Y era el amor de un hombre,
el que ciego impulsaba
una contra otra, como ciego impulsa
el mar sus ondas cuando el noto brama!....

XIII

¡Y huyeron los soldados de YACÁNEX!....
En confuso alboroto,
á sus abruptos montes escaparon
buscando abrigo en ellos.....

Cuando rojo
cayó el sol tras los cerros
como chimalli ensangrentado y roto,
besó por la vez última á los bravos
muertos, con beso largo y melancólico!

¿Murió también YACÁNEX? ¡Nada importa!
Allí murió su amor, y duro y torvo
allí el destino, con su amor, á un tiempo
mató sus sueños todos.

Allí los fuertes indios chichimecas
que no quisieron con la sangre de otros
mezclar su sangre en vida, la mezclaron
en el abrazo del eterno Todo!

Ya nunca, desde entonces,
en las noches sin luna, largo y ronco
repercutió en las rocas el sonido
de su guerrero caracol sonoro.

Ya nunca el teponaxtli [1]
de notas huecas y compás monótono
fué con sus ecos en el antro obscuro
á turbar de las fieras el reposo.

¡Quién sabe si las brisas cuando hicieron
pasto de tanto cuerpo generoso,
llevaron á Atotótzin en sus alas
átomos de YACÁNEX!

¡Tal vez! sólo
de su perdido amor y su alegría,
de sus horas de ensueño y abandono,
el recuerdo le queda, ¡flor muy blanca
que el destino fatal tiñó de rojo!

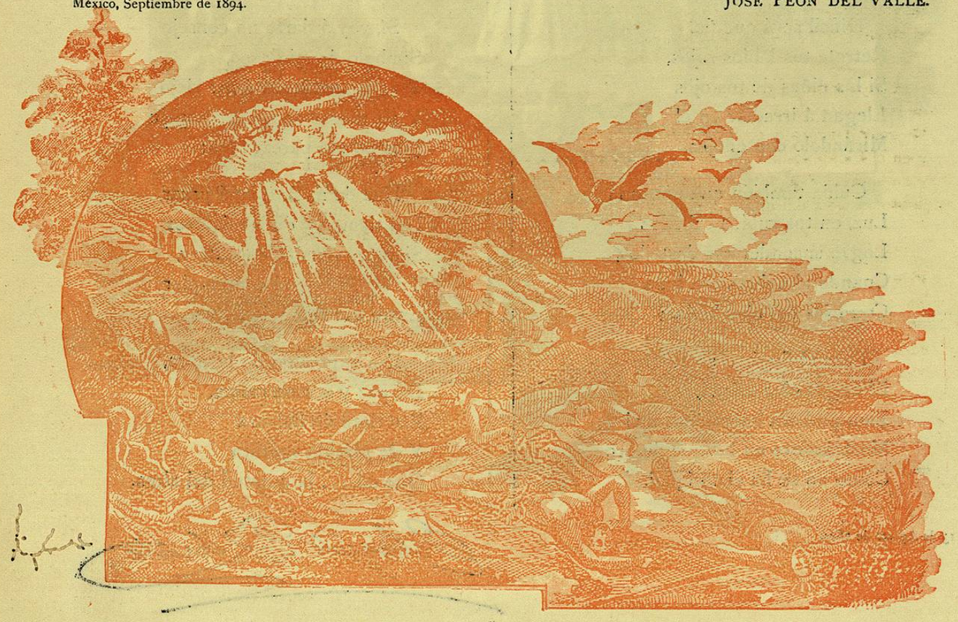
. . . . . .

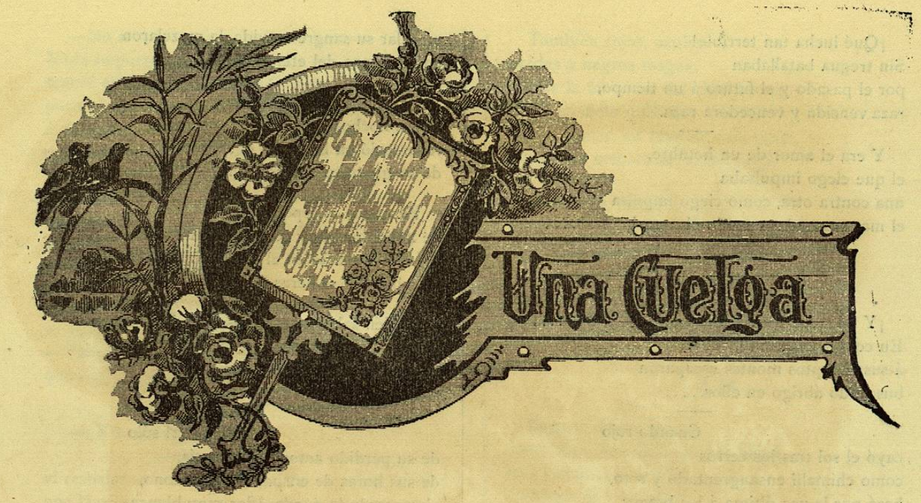
¡Adiós calma, adiós amores!
¡Adiós días venturosos!
¡El árbol no existe; el ave ha partido;
rodó el yolozóchitl marchito entre el polvo!

1 Teponaxtli: *tambor de madera.*

México, Septiembre de 1894.

JOSÉ PEÓN DEL VALLE.





A Sara Angulo.

Tan humilde como mía
La cuelga que aquí te dejo
Es, Sara, un sencillo espejo
Que sólo tendrá valía
De tu hermosura al reflejo.

Difícil será que fiel
Retrate tus labios rojos,
Si las niñas de tus ojos
Llegan á irradiar en él
Mirándolo con enojos.

Cuida también que ninguna
Luz, en tus rubios cabellos
Logre encender sus destellos,
Cuando alumbres esa luna
Con esos tus ojos bellos;

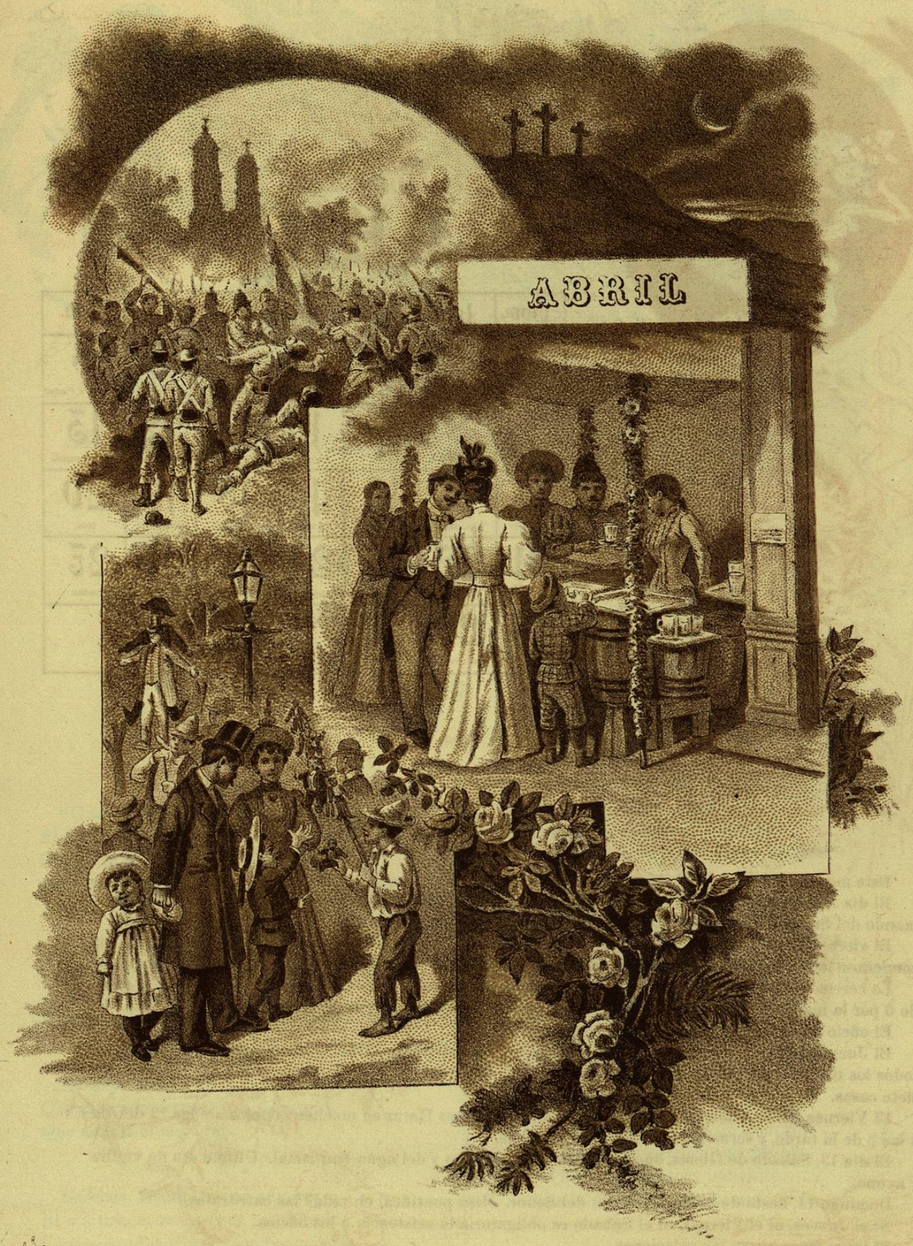
Pues al fingirte un tesoro
El engañador cristal,
Bien pudiera hacerte un mal
Mostrándote un bosque de oro
Como no se ha visto igual.

Ramo de flores sencillas
En ese cristal se vé:
El color de tus mejillas
Con que á las rosas humillas,
Lo eclipsará, ya lo sé....

Sí, voy á darte un consejo
Símbolo de mi deseo,
Yo que comienzo á ser viejo
Y ya no me encuentro espejo
Que no me parezca feo:

Haz de modo que á pesar
Del tiempo y de los dolores
Siempre puedas encontrar,
Tu semblante al contemplar
Entre ese ramo de flores,

Esa expresión de ternura,
De paz y serena calma,
Ese tinte de dulzura
Y de plácida ventura
Que dá.... la quietud del alma.

13 de Agosto de 1894.

Eduardo E. Zárate